

adolescencia y crisis religiosa

• SAUL RODRIGUEZ AMENABAR

EN los tratados de psicología que analizan problemas de la adolescencia, ordinariamente no se hace sitio a ese verdadero "zarandeo" que soporta el mundo religioso subjetivo, como parte integrante de los cambios propios de la edad. O, por lo menos, no se lo jerarquiza convenientemente.

Y sin embargo, la crisis religiosa está allí, en un momento de revisión total.

La profunda necesidad de afirmarse, de consolidar y hacer respetar la propia personalidad, de salir definitivamente de la zona de lo infantil, hacen sentir ya su fuerza. Pero no logran contrarrestar la inestabilidad básica del momento que se vive.

Entre tanto van cayendo los baluartes, las convicciones, las costumbres, los postulados familiares que fueron norma infalible durante la infancia y todos los "intocables" que se respetaron cuando niño.

En este innegable proceso de revisión ocupa un sitio rector la inteligencia y la espiritualidad, pero sin que sean ajenas a él las demás potencias, cada una en su medida. Pero el fondo del asunto siempre está latente, detrás de todo este estado de alerta, el deseo de descifrar los "por qué", mucho más que el de innovar las conductas.

¿En qué consiste eso que hemos llamado "el mundo religioso subjetivo"?

Cada uno de nosotros tiene una actitud interior determinada en relación a eso que es "el más allá", esa zona suprasensible, que escapa a toda posibilidad de captación sensorial, y donde tradicionalmente se sitúan las cosas de Dios. Una actitud de aceptación o de negación.

Es un error creer que el ateo profeso carece de sentido religioso. Basta examinar sus razones o sus sentimientos, para convencerse de que, en el fondo de todo hombre que niega la existencia de un Dios, se agita un intenso deseo de descubrir eso mismo que está negando con sus palabras. Hasta se ha podido decir que el ateísmo de un Sartre es un grito desesperado del hombre que pretende borrar a Dios de su corazón, y termina golpeándose contra su propia impotencia.

Religión es ese lazo personal por el cual el hombre no puede menos que "tomar en serio" a las cosas de Dios y a Dios mismo. Puede haber religión sin dogma, pero no puede haber hombres absolutamente a-religiosos. Ni siquiera es necesario que a Dios se lo llame por su nombre: basta que se lo adivine y que la actitud interior del intuyente sea tributaria de su presencia, aunque se pretenda negar esa misma presencia de la cual se está dependiendo.

Queda claro, entonces, que puede haber crisis religiosa tanto en el que se declara ateo, como en el que adhiere a un determinado dogma. No hablemos aquí de Religiones sino de religión.

● ¿REBELDE CON CAUSA
O SIN ELLA?

Los estados críticos del adolescente no son erupciones repentinas que el día menos pensado hacen irrupción en la plácida existencia del niño. Su aparecer es precedido por un período de incubación más o menos inmediato que lleva el germen de las conductas posteriores. En este proceso se encierran las explicaciones que arrojarán un poco de luz sobre procedimientos a veces faltos de toda lógica. La lógica de los mayores no es la lógica de la adolescencia, sencillamente porque las premisas del "deber ser" no siempre están conectadas con el "ser de hecho" y mucho menos en este caso.

Y bien, ¿qué mundo distinto se está gestando trabajosamente y con una fuerza incontenible?

No vamos a dar una definición. No sería conservar el sesgo que hemos querido dar a este trabajo. Preferimos describir. Describir situaciones hasta circunscribir la idea que queremos expresar.

El niño está muy identificado con la familia en la que ha nacido y donde ha desarrollado su infancia. Su madre no constituye una individualidad independiente; es algo propio, suyo, inalienable. Por eso es tan propenso a los celos cuando nace el hermanito menor.

El adulto está en el otro extremo. Vive su vida con toda independencia de la tutela paterna o, por lo menos, está capacitado, en el caso normal, para hacerlo así. No pide permiso ni tiene por qué

dar explicaciones. Es verdad que lo liga a su familia y a su ambiente un lazo que rara vez querrá romper del todo. Pero puede prescindir de ello en grado sumo, y aun llegar a la independencia total.

Son los dos extremos que no se tocan. Porque el niño siempre estará atado. Las leyes morales y psicológicas, las leyes positivas que rigen al hombre en la sociedad estatal, todo el aparejo social humano, atan increíblemente al medio familiar o, por lo menos, a algún medio familiar, nunca suplido con eficiencia por los establecimientos de albergue para menores desamparados o con problemas de conducta.

El adolescente participa un poco de ambas situaciones.

Está empezando a desprenderse de la tutela estricta de la familia, pero sigue adosado a ella. Está en franco tren de independencia, pero una de sus mayores contrariedades consiste en comprobar que aún no es independiente. Por eso, cuando le parece sentir que su personalidad ha sido violada, tendrá una reacción desproporcionadamente violenta. Y enseguida tendrá la pena y el arrepentimiento de haber tratado de ese modo a su padre o a su madre.

Hay un empeño semioscuro de no aceptar imposiciones. Entra a jugar entonces un verdadero proceso de *transferencia*. Al principio se reacciona contra una obligatoriedad de orden doméstico o contra la imposición de alguna conducta sin mayor trascendencia. Poco a poco se van abarcando los otros campos.

Así, por ejemplo, comienzan las discusiones en la mesa, en contra de la opinión del padre o de la madre, que terminarán indefectiblemente con la conclusión, explícita o no, de que "en esta

casa están atrasados". En ocasiones logrará también que el padre se ponga nervioso, pierda la calma, le dé dos o tres gritos y termine echándolo de la mesa. He aquí los primeros triunfos de un rebelde.

Y será "rebelde" en el colegio, frente a los mayores y frente a cualquiera que parezca querer frenar la expansión de su personalidad, aparentemente avasallada por una voluntad extraña a la suya propia.

Por curiosa paradoja, al mismo tiempo que los padres ya no saben qué hacer para frenar esa rebeldía creciente, los padres de los amigos, que lo conocen solamente en su actitud extra-hogareña, no dejarán de ponderar "la educación" de ese chico, o "la formalidad de señorita" con que se conduce esa chica.

La lógica de la adolescencia sigue siendo distinta de la nuestra.

• LA PROYECCION

Todo este estado de rebelión se proyecta también sobre lo religioso.

La actividad religiosa del niño es siempre espontánea. Carece de sentido crítico. Sus actividades piadosas y sus actos de culto no le plantean problemas de autenticidad ni repugnancia afectivas que provengan de la cosa en sí misma. A lo sumo se da conflicto por hechos conexos que tienen mero carácter secundario. Por ejemplo, la represión violenta del padre o la madre, el tener que asistir a esos actos en lugar de una diversión anhelosamente esperada, o en compañía de personas a las que se tiene repulsión, como una madrastra a la que no se quiere, etc.

Llegada la adolescencia se produce el vuelco.

Ya se quieren saber todos los "porqué". La crítica personal comienza a desmenuzar las conductas acostumbradas y casi naturales de la infancia.

Y con ello aparecen los primeros síntomas de la crisis.

Hay un verdadero disgusto, una rebelión instintiva contra el ritmo religioso vivido hasta el presente, sobre todo si ha sido fruto de una imposición familiar y no se enseñó a amar lo que se hacía. Hasta puede adquirir caracteres de violencia, según factores personales o ambientales.

Se da así el caso del muchacho educado en un hogar muy católico o de austeras costumbres protestantes —como es de práctica en algunas sectas—, cuyos padres son observantes y buenos cristianos, pero tal vez no tan buenos pedagogos. Los años de la niñez han sido abrumados con actos de piedad o con cumplimientos taxativos de ritos culturales externos, pero sin una motivación paralela que fuera conformando un cuadro de responsabilidad personal y gustosa frente a Dios. Insensiblemente lo religioso ha quedado asociado a la imposición ingrata, la misa recuerda más el dolor de rodillas que el sacrificio eucarístico, la comunión se presenta como un medio de escapar a la recriminación insistente de una madre cargosa, o de conformar y agradar a los Religiosos del Colegio.

Se da también el otro caso. El de quien creció en un ambiente de negación sistemática de lo sobrenatural, cuyo único dios es la libertad de pensamiento bajo la forma de rechazo de cualquier creencia. El fondo del proceso psicológico es el mismo, aunque se realice bajo características externas distintas. El joven sentirá la curiosidad que la inspira

ese "mundo impenetrado", dentro del cual gran parte de sus compañeros se mueve con toda comodidad. Y querrá saber, entrar, descubrir.

En ambos casos el asombrado aventurero irá encontrando lo nuevo, lo distinto, pero con ese sabor de invención personal que lo hace más gustoso. Para eso tendrá que chocar contra el medio ambiente familiar o social. Y el choque lo va a afirmar en la necesidad de seguir "llevando la contra".

Sucedirá entonces que, a raíz de lo religioso, volverá a sentirse solo, separado de sus mayores por una barrera de desconfianza e incomprensión. Perdido en el páramo de su propia incertidumbre, sin respuesta satisfactoria a sus interrogantes, las "verdades" de su niñez se irán desdibujando a sus ojos y las actitudes del culto, o los credos religiosos, le parecerán cosas anacrónicas y sobrepasadas definitivamente.

Ha quedado abierto el camino para las primeras angustias religiosas. Nótese que usamos el vocablo "angustia" en un sentido muy genérico. No queremos identificarnos con esas concepciones trágicas tan apetecidas por los amantes de lo trágico. Con todo no negamos que, en algunas ocasiones, esta angustia puede llegar a asumir caracteres de tragedia interior. Cada caso es un mundo nuevo y aparte, con tonos propios y a veces irrepetidos o irrepitibles.

● LA LLAMADA "ANGUSTIA RELIGIOSA"

El existencialismo ha puesto de moda la palabra "angustia", pero, como enemigo declarado de toda sistematización y de las categorías lógicas, nunca dio una definición aclaratoria. Simplemente co-

loca a la angustia como extremo de un callejón sin salida, como el resultado del proceso que lleva hacia la nada. Y Marcel, el filósofo que salvó al existencialismo de la bancarrota intelectual y humana, contrapone a la angustia la luminosidad de la esperanza, una esperanza trascendente.

Podemos decir entonces que una situación de angustia es un oscuro presentimiento de que nos agobia un problema cuya solución no se ve ni parece que pudiera darse. Es la cerrazón de una ruta que se corta sin más, cuando dura todavía el intento de recorrerla.

Así sucede con la crisis religiosa.

Pero los matices son muy variados, como variados son también los sujetos que la padecen. Hay sin embargo ciertas direcciones generales, por las cuales podemos orientar nuestra búsqueda.

● TIPOS DE CRISIS

La crisis puede tener un fondo *moral*.

El impacto de la dificultad no va dirigido contra la fórmula dogmática, sino que se cuestiona una situación de hecho: la rectitud, el sentido o el valor de las conductas observadas hasta entonces.

Se recuerda lo que se hizo, y no se sabe si es o no pecaminoso. Se descubre ahora que aquello otro tenía categoría de mal moral, o al menos así se cree. Se sienten culpas, reales o no, por acciones pasadas. Se encuentra frente a un vacío de sentido en la vida que se ha vivido.

El desaliento que esto genera aumenta con la comprobación de la poca voluntad que se experimenta para luchar con las "tentaciones". Y, sin embargo, es clarísimo que el adolescente no tenga la fuerza requerida para desechar pronta-

mente las inclinaciones menos limpias, ya que está pasando por una crisis total. Esta debilidad suele acarrear el temor de la caída futura o la sensación de la inutilidad de todo esfuerzo positivo.

Sobrevienen así las consecuencias, a veces bajo forma de angustia, pero con cierto cariz de "autoabandono", por un dejarse llevar por el desenfreno y la inconducta. Van cayendo las vallas que antes habían detenido el misterioso cosquilleo de lo "malo". Es la hora del vicio solitario, de los "cuentos verdes", de las escapadas secretas en lugar de ir al colegio.

Pero lo cierto es que cuando se experimenta este estado de angustia, se siente una gran vergüenza frente a la propia claudicación. En adolescentes educados cristianamente y con conciencia de su adhesión a la moral cristiana la crisis puede ser aún más dolorosa, aunque no más difícil.

Otras veces la cuestión gira en torno a la *fe*.

La etapa moral puede quedar superada. Una persona comprensiva que ayude a ver claro, o la misma audacia personal, pueden ser auxiliares seguros para esta recuperación. En tales circunstancias, o bien cuando la crisis moral no se presenta, o se presenta con poca fuerza, su lugar puede ser llenado por la duda. Momento de tambaleo para toda creencia.

Se ha dicho que el adolescente no siempre puede creer, pero tampoco puede dejar de creer. Hay en esto su fondo de verdad. Y de lucha. El problema es más común en los ambientes de mayor difusión cultural, ya que el manejo de las ideas y la apertura de horizontes proporcionan mayores datos para una real revisión.

Lo cierto es que la adolescencia pretende saber en profundidad, que las respuestas clásicas no le llenan, que quiere ir más allá de lo comúnmente sabido. Pero he aquí que la formación religiosa media de nuestros adolescentes es muy insuficiente. Desde el punto de vista científico no se puede comparar el avance de los métodos que hacen a la información en las ciencias positivas con el modo clásico de informar en materia de verdades religiosas y sus fundamentos. Se enseña a manejar la tabla de logaritmos... o se explayan las leyes de Mendel, pero no se conoce la Teología Bíblica. Por eso muchos creyentes confunden las cosas, o más bien las ignoran, y creen que la Iglesia enseña lo que la Iglesia nunca enseñó como verdad de fe. O piensan que la riqueza del dogma se reduce a una norma moral, la que, por otra parte, carece de la deliciosa frescura de la moral de Jesucristo.

No es raro que entonces se recurra a una sutil autojustificación: desconfianza de los hombres que tienen oficialmente a su cargo la custodia del dogma y el manejo del culto. Se los capta en su dimensión de seres humanos —lo cual es real—, pero no se les perdona el hecho de ser precisamente "seres humanos". Actitud implacable y francamente inmadura, que puede prolongarse en el tiempo hasta llegar a coexistir juntamente con la madurez física de la edad adulta.

Todo este estado de cosas se confabula convenientemente, para que, llegado el momento de las dudas, no se tenga una visión intelectual y afectivamente bien plantada, como para respaldar la verdad con la mística. Es verdad que, en esta materia, los no principiantes siempre encontrarán algún interrogante: mucho más

los principiantes. Pero hay maneras y maneras. Una información precaria y descarnada sólo puede dejar la penosa impresión de que es imposible llegar más allá. Y ese "más allá" existe.

● CONCLUSION

Al presentar dos tipos no queremos decir que necesariamente toda crisis ha de calcar uno de estos modelos. Muy difícilmente se va a dar el tipo "puro", es decir, que se sitúe exclusivamente en uno u otro campo. Así como en medicina se dice que no hay enfermedades sino enfermos, así también podríamos afirmar que no hay crisis sino personas que viven una situación crítica.

Cada caso concreto puede abarcar algo de cada zona, en razón de múltiples factores, personales o no. Hasta existe un tipo especial que, por sus caracteres de tranquilidad y de tránsito sin estridencias, casi parecería quedar fuera del concepto general. A pesar de ello lo incluimos también por su estrecha semejanza, en preparación y en resultados, con los demás procesos de evolución religiosa.

Citemos a manera de ejemplo, frecuente por otra parte, el caso del adolescente que ha vivido su religiosidad con bastante equilibrio, o lo ha adquirido, en la medida de lo posible, antes de llegar a la puerta misma de la pubertad. Su despertar no tiene contornos definidos de rebelión sino más bien de cierto "cansancio" de lo que ha venido viviendo. La voluntad le flaquea frente a la obligación de las prácticas rituales, la misa le produce aburrimiento y aun fatiga física, ya no siente el fervor típico que antes sentía en la comunión eucarística, no logra un interés despierto en las lecturas

de tono espiritual, etc. No hay que asustarse por lo que es definitivamente normal.

Superada esta etapa ya nunca se volverá al planteo sentimental de la infancia. Todo ello ha sido sólo la señal de que la espontaneidad debe ser integrada en la reflexión, de que los actos que hasta entonces se ejecutaban al modo de los niños deben ser reenfocados, pero con una visión dada por concreciones más profundas. Señal de que se ha de comulgar "de otro modo", asistir a misa "de otro modo", hacerlo todo "de otro modo", es decir, no eliminar las cosas sino modificar los enfoques de acuerdo a la madurez que se vaya alcanzando. No buscar tanto el gusto sensible, cuanto las finalidades reales y magníficas que cada rito tiene, conociendo su significación y robusteciendo la voluntad de querer algo por lo que ese algo vale. En una palabra, conducir diestramente al púber para que abandone la epidérmica repetición de actos y abrace poco a poco una actitud conciente y personal, que sea el preludio cierto de la cercana madurez juvenil y de la no tan lejana adultez definitiva, que no siempre corre pareja con la adultez cronológica.

Pudiera parecer que universalizamos demasiado. Si nembargo, insistimos en que esta revolución y revisión de lo religioso es *normal*. Por eso es también muy factible que un operador hábil sea capaz de producir un estado de "converso", como estado normal de la adolescencia desde el punto de vista religioso, como lo ha hecho notar Adúriz con la justeza y claridad que acostumbra.

Estamos, pues, en posesión de una idea que merece especial investigación y por eso la desarrollaremos en un próximo artículo. ♦